



Excma. Sra. Dña. Ana Menéndez  
Diplomático

## El factor ignorado en las relaciones internacionales

### UNA CONSIDERACIÓN PREVIA

Es frecuente que en los escritos sobre relaciones internacionales se analicen factores que influyen, e incluso para algunos o a veces, determinan dichas relaciones. Se suele mencionar factores como el demográfico, el económico, el geográfico, el político o el cultural y hasta el ideológico. Casi nunca se suele analizar, sin embargo, el factor religioso; si alguna vez se hace, se suele considerar un apéndice en el ámbito más amplio, y claro, está, más seguro, de lo “cultural” o lo “ideológico”.

Lo mismo se puede sostener si pasamos del plano analítico o teórico al práctico, la política exterior y sus “decididores”, “teóricos” y “practicantes”.

En realidad, la responsabilidad por la omisión -intencionada- no debe recaer sólo en los internacionalistas o en los diplomáticos. Ignorar la religión es un fenómeno muy extendido, una enfermedad contagiosa, que abarca muchos otros aspectos de la res pública. Analizar la religión en ámbitos no estrictamente religiosos-esos ámbitos a los que la secularización extrema ocurrida en occidente la ha confinado-no forma parte, en fin, de la “corrección política”.

Uno de los lugares comunes más al uso hoy en día es repetir que la religión está presente sólo en las sociedades más “primitivas” o “atrasadas”, en las que la fuerza de la razón y sus conquistas no ha irrumpido con su empuje liberador, de ahí la persistencia de semejantes elementos. Según este tópico, sólo los países del tercer mundo, y ni siquiera todos sino aquellos menos “occidentalizados”, todavía estarían en esa fase de la evolución humana previa, que se traduce en una pervivencia de lo religioso como factor de referencia no sólo individual, sino también colectivo o, en una terminología que me parece más adecuada a la ocasión, comunal.

No sería exagerado afirmar que la religión no sólo es un factor ignorado sino hasta despreciado.

Pero, en realidad, la religión es una dimensión presente, no sólo pasada, de la vida humana y de la organización social. Y lo es de una manera universal. Ninguna sociedad, tampoco la más “evolucionadas” o “avanzadas”, es decir, las más opulentas y tecnológicamente en punta, han prescindido completamente de la religión; es más, en muchas de ellas, el factor religioso está ganando y no perdiendo presencia.<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> Muy interesante al respecto resulta la encuesta del prestigioso grupo Pew Research en materia de religión y vida pública en Estados Unidos. El informe recientemente conducido y publicado, “U.S. Religious Landscape survey”, es de un enorme interés para estudiar la evolución de la religión en la sociedad americana. Una de las conclusiones más fascinantes es el alto porcentaje de personas que han cambiado de religión a lo largo de su vida (un 25% y un 44% si se toma en consideración quienes han cambiado de iglesia dentro del protestantismo. Aún más revelador es el hecho de que el minoritario 7% que manifiesta no tener una religión, no se definen como “ateos” ni “agnósticos” sino como no pertenecientes a ninguna de las iglesias o religiones (“nothing in particular”). Un profesor universitario, comentando el informe para el “New York times” concluye que: “La religión es el factor más importante en la dirección de las conductas y las actitudes sobre las creencias en Estados Unidos. Es un indicador poderoso de hacia dónde se dirige América en la política, la cultura y la vida familiar”. Este fenómeno no es “only in America”. Véase si no, como ejemplo, en la mucho más “experimentada”, para algunos “cínica”, Europa, la controversia extraordinaria causada por la afirmación del cabeza de la iglesia de Inglaterra sobre la conveniencia de adoptar ciertas regulaciones de la ley islámica para la vida familiar de los inmigrantes musulmanes en el Reino Unido o, sin necesidad de moverse de España, la controversia que todavía

Es, por tanto, justo y necesario, dejar de omitir o ignorar y pasar a tomar en cuenta el factor religioso como un factor importante en la vida pública y, por ende, en las relaciones exteriores.

### LA RELIGIÓN<sup>31</sup> EN PRESENTE.

El optimismo de los años 90 del siglo pasado, en el que la atmósfera imperante era no precisamente la de fin de siglo sino de fin de la historia, entendida como entronización triunfal de la ideología occidental -mercado, democracia liberal, pax americana-, se quebró a las puertas del nuevo siglo. La paz perpetua no ha seguido a la derrota del orden socialista, sino que se ha abierto una nueva guerra con múltiples campos de batalla. De resultados de todo ello, la certidumbre ha desaparecido y predomina una actitud de cierta desorientación.

Una de las supuestas certidumbres -que se ha demostrado, como otras, falsa- del optimismo ilusorio de la “modernidad” era la extinción de la religión, reliquia obsoleta de un mundo pasado. En ese punto sí que hubo convergencia entre sistemas-occidental y soviético, uno por la vía de la secularización extremista y el otro por la de la hostilidad declarada. Sin embargo, pasada la modernidad y hasta la “post-modernidad”, la realidad es que la religión sigue estando presente, sigue constituyendo identidades, aportando valores y, sí, también, provocando conflictos... Aunque más bien es la mala interpretación, la manipulación o las torcidas intenciones de algunos en nombre de la religión los que provocan las consecuencias negativas...

### LAS APORTACIONES DE LA RELIGIÓN

Sin pretensión de exhaustividad, quizá no esté de más esbozar algunas de las aportaciones de la religión a la vida pública:

- ✓ Provedora de valores, entre ellos la esperanza. Los valores son una parte importante no sólo de la vida de las personas sino también de la vida de la comunidad. Sin valores, una sociedad se convierte en algo precario. Las sociedades actuales, que son el producto de una evolución histórica, poseen, en mayor o menor medida, valores que, en ciertos casos, quizá la mayoría, provienen de una fuente religiosa primordial. Esos valores se encuentran en gran medida en crisis, una crisis que proviene esencialmente de la desvinculación entre los valores y la fuente primitiva de los mismos: la religión. La desconexión del sistema de valores de una referencia trascendente lleva a una devaluación de los valores hasta convertirlos, en el caso extremo, en una pantomima. Así, la sociedad actual maneja conceptos como la “corrección política” o la “calidad de vida” o la “participación ciudadana”, por no decir el “la cultura del ocio”, que tienen su sentido y su lugar sin duda, pero nunca como sustitutos de valores como la verdad, la justicia, la igualdad de oportunidades o el empleo del tiempo libre para la diversión pero también para el servicio a uno mismo y a los demás.

Incluso en valores no reemplazados en la sociedad actual, como la libertad o la esperanza, nos encontramos con una interpretación parcial o reducida de tales valores. La libertad pasa a ser así, el ámbito en el que el individuo puede ejercer sus derechos, incluido, en casos de nuevo extremos, el pretendido derecho a infligirse daño a sí mismo y, en su caso, a los demás.

Una mención especial requiere, también, el valor de la esperanza, que ha pasado a reducirse a una perpetua y universal lotería, una especie de tómbola permanente, en la

---

es capaz de provocar la jerarquía de la iglesia católica cuando instruye a sus fieles con criterios para que decidan el sentido de su cívico derecho al voto.

<sup>31</sup> Debe entenderse el término religión, a los efectos de este escrito, como término que engloba las diferentes manifestaciones de la fe en Dios y no como referido, en ningún caso, exclusivamente a alguna confesión específica. Allí donde convenga introducir la especificidad de una u otra confesión, se hará de forma explícita.

que el individuo puede aspirar a que el azar le eleve por encima de los penurias -o no-cotidianas a un estadio de elevado disfrute, el reservado para los “ricos y famosos” o, como gusta decirse ahora, para las “celebridades”, en una sociedad en la que el culto a la personalidad ha sustituido en gran parte el culto a lo divino. Es difícil restaurar la esperanza como valor si no la reconectamos con el ámbito de lo trascendente. Sin embargo, la esperanza es uno de los motores imprescindibles de la construcción comunal.<sup>32</sup>

- ✓ Individualismo y comunidad; la solidaridad. Sin duda el individualismo puede ser y de hecho es algo positivo. Es más, constituye un elemento lógico y natural al hombre. Pero tan lógica y tan natural es la dimensión social del hombre. Y esa sociabilidad no puede entenderse sólo como una coexistencia -pacífica u hostil- con los demás hombres. Ese círculo más amplio, que es la comunidad, está constituido y sostenido por valores compartidos, entre otros, por la solidaridad. Los procesos paralelos del entendimiento extremista del capitalismo y la democracia liberal o y el colapso -justo y necesario- del orden basado en la economía centralizada han conducido inexorablemente a una sociedad basada en un individualismo salvaje y una privatización acelerada de lo público, centrada en el “sálvese quien pueda”. Obviamente, la solidaridad entre seres humanos tiene escasa cabida en semejante construcción. Es un proceso una vez más tristemente lógico cuando se pierde la referencia de la religión.
- ✓ La cuestión de la paz. La paz es una cuestión compleja, sin embargo, en el proceso imperante de reducción de los valores se ha llegado a tomar por una mera ausencia de conflicto. En una interpretación más amplia se ha añadido con acierto el factor de desarrollo económico, posteriormente identificado en sus vertientes de desarrollo sostenible y desarrollo humano o la yuxtaposición de ambos adjetivos calificativos. Yendo más allá habría que seguir ampliando para incluir en la paz el concepto de justicia. No hay paz sin desarrollo ni sin justicia; o dicho en términos negativos: la pobreza y la injusticia no conducen a la paz. Mientras que la erradicación de la pobreza es hoy en día un objetivo indiscutido de los programas nacionales e internacionales -otro tema es que se esté en vías de alcanzarla-, e incluso el concepto más matizado de “inclusión social” es asimismo moneda corriente, el concepto de justicia brilla por su ausencia en el discurso público, en el que cuando se habla de justicia se está abordando la estructura institucional de la justicia, o sea, los jueces, fiscales etcétera. Haciendo un esfuerzo, se podría quizá pensar que la justicia retributiva está encarnada en los tribunales y la retributiva en el impuesto sobre la renta... Pero la justicia es, claro está, un concepto más profundo que todo ello. Es tan sencillo y tan complicado como crear las condiciones para que cada persona o agrupación aporte y reciba lo que le corresponde. Sin justicia no puede haber paz.

Todos estos valores, y todos los que aquí no se mencionan, son constitutivos de las personas y de las comunidades. Tienen una expresión no sólo nacional sino también internacional, pues las relaciones internacionales las conducen actores estatales y no estatales, normalmente colectivos aunque, a veces, también individuales. Los valores que las personas, sus organizaciones sociales, sus estados deben poseer tienen una traslación a la esfera internacional, de suerte que sin valores individuales no hay valores colectivos y sin valores nacionales no hay valores internacionales. A sensu contrario, los valores necesarios en la esfera individual y colectiva son asimismo necesarios en la esfera internacional como en la nacional. La religión, así, no es un factor puramente personal, es un factor comunal, es un factor de peso en ambas esferas, interna y exterior.

---

<sup>32</sup> Apropiadamente, el actual presidente de Francia, tituló un libro de entrevistas centradas en la religión y publicado antes de alcanzar el Elíseo, en 2004, de la manera siguiente: “La République, les religions, l’espérance”. En el libro, Sarzozy argumenta que los valores religiosos deben ser inculcados como complemento a los valores republicanos, laicos, entre otras razones porque las religiones son fuente de esperanza y la esperanza es necesaria para construir el orden social. ¡Y el libro se publicó antes de la rebelión de los turbulentos suburbios de París!

## EL FACTOR RELIGIOSO EN EL ACTUAL(DES)ORDEN INTERNACIONAL

### 1. ¿Existe el factor religioso en las relaciones internacionales?

Se suele aseverar que el peso de la religión en la vida pública ha disminuido hasta casi desaparecer -incluso algunos llegan a afirmar que ha desaparecido- en la “civilización occidental”. La consolidación de la secularización, o del laicismo -a la manera francesa- confina a la religión a la esfera privada de los individuos o las agrupaciones de individuos. Y a la adoración pasiva en vez de al activismo político-social. Es el triunfo de la concepción de la separación abismal entre dios y el César. En la “civilización no-occidental”, se admite -a regañadientes- que la fuerza civilizadora de la diosa razón no habiendo soplado con el suficiente ímpetu -o por el suficiente plazo de tiempo-, la religión permanezca como factor significativo más allá del estrecho confín de los espíritus individuales. La influencia religiosa en esferas no exclusivamente privadas ni pasivas se contempla con disgusto, o piedad, o desprecio.

Aún más, se asevera que la desaparición de la religión de la esfera pública es lo que asegura la pacificación de las sociedades. En otras palabras, la secularización es modernización es pacificación. La religión es anti-modernidad es conflicto. ¿Responden estas afirmaciones, generalmente aceptadas, a la realidad?

La “civilización occidental”, para empezar, no es una civilización perfectamente homogénea ni unívoca y el impacto de la secularización varía en sus distintas partes componentes: no es lo mismo Estados Unidos que Francia, cierto. De hecho, como se ha señalado anteriormente, en Estados Unidos la religión es un factor esencial en la vida pública: la opinión pública no lo entendería ni apoyaría, por ejemplo, a un agnóstico o ateo como líder<sup>33</sup>. En Europa, en general, se entendería perfectamente; aún más, en algunos de los países europeos sería casi un plus para devenir líder. Sin embargo, Europa, esa misma Europa, posee en su casi corazón, un estado cuyo jefe de estado es el jefe de la iglesia católica y otro cuyo monarca es la cabeza espiritual de la iglesia oficial y cuyos tribunales eclesiásticos están integrados en el sistema de “common law”. Más al este de esa Europa, un país en la frontera entre la “civilización occidental” y la “no occidental”, Rusia, basa su “revival” nacional, entre otros pilares, en la religión ortodoxa, como elemento constitutivo de su identidad. En esa misma línea fronteriza, el complicado rompecabezas balcánico tiene una serie de piezas que responden a razones religiosas.

Y aún sin dejar la frontera, los límites actuales y futuros de la llamada construcción europea se definen y definirán por la participación o no, o en qué medida, de Turquía en ella, factor en el que la religión mayoritaria del estado turco tiene bastante que ver.

Aún en la esfera de la “civilización occidental”, la presencia de una vigorosa minoría religiosa, proveniente sobre todo de la inmigración del mundo postcolonial, y los problemas -crecientes- de su “integración” en el modelo occidental, ha desbordado el marco religioso para convertirse en una cuestión, a menudo problemática, social, política y económica, pero no deja de ser un fenómeno de raíz religiosa. Por contraste, aquellos que se sitúan en la oposición a esa presencia -o a su expansión- se ven impelidos a volver a su propia religión originaria para reforzar su propia identidad que se percibe amenazada -con objetividad o sin ella- por “Eurabia”.

Más allá de las fronteras de la occidentalidad, el mundo “no occidental” se percibe como un espacio en el que la secularización no se ha completado. De nuevo, esa afirmación es cierta y falsa, pues si bien es cierto que amplias partes del “sur” viven en un estadio de laicismo en

---

<sup>33</sup> Así lo demuestra una encuesta encargada por el diario USA today, en el que dados a elegir, los encuestados escogerían un candidato de prácticamente cualquier confesión antes que un ateo cuyo grado de aceptación apenas rebasa el 40% de los encuestados

estado casi puro –China-, en otros países y áreas geográficas la presencia de la religión es mucho más visible y activa.

En ninguna parte se percibe el factor religioso como más activo que en el llamado mundo islámico. De hecho, uno de los modelos más al uso para interpretar el nuevo orden internacional en el siglo XXI es el del llamado “conflicto de civilizaciones”, en el que, una vez más de forma justa o injusta, certera o errada, se percibe una civilización -la “occidental”- como retada o amenazada por la crecida del islam radical o militante, también llamado “fundamentalista” o peor aún “islamismo” y, hasta se habla, llevando más lejos aun el “conflicto”, de “nuevas guerras de religión”<sup>34</sup>

Estas “nuevas guerras de religión” abarcarían desde el terrorismo “jihadista” hasta la violencia inter-comunal, e incluso, para algunos, se enmarcarían en un conflicto más amplio, el llamado “choque de civilizaciones”.

En fin, un escenario general en el que, francamente, ignorar el factor religioso sólo puede hacerse en un caso extremo de ceguera voluntaria. Pero, atención, tampoco deja de ser curioso que, cuando la religión “sale del armario” en el que se encuentra confinada y se admite su peso presente en nuestro mundo, rápidamente se cubra de un manto negativo y se convierta inmediatamente en causa instigadora de conflicto cuando no directamente en “casus belli”.

Aún admitiendo, como premisa de discusión, que la religión fuese sólo un elemento negativo en las relaciones internacionales, ¿no sería cierto, en todo caso, que constituiría un elemento de tal peso específico que requeriría ser tomado en cuenta con seriedad? Por supuesto. Pero, además, resulta bastante discutible que el término religión vaya asociado a los términos violencia, atraso, irracionalidad, conflicto o guerra. Para empezar, cabría preguntarse, ¿qué hay de la secularización? El siglo XX fue uno de los más secularistas en la historia de la humanidad, en el que se pudo aceptar la pomposa proclamación de que “dios había muerto”. Sin embargo, dos guerras mundiales devastadoras y otras guerras calientes regionales en el marco de la guerra fría, lo convirtieron en uno de los más sangrientos de la historia. No parece que la modernización secularizadora tenga necesariamente que dar frutos sólo pacíficos. En la Europa de la unión y el progreso ha sido la construcción de instituciones primero comerciales y luego políticas -aún no culminada- la que ha permitido evitar el conflicto, no necesaria ni principalmente la secularización europea. Por otra parte, la crisis balcánica -de la que la reciente independencia de Kosovo acaba de recordarnos que aún no hemos salido- prueba que una república socialista, secular y progresista, como era la antigua Federación yugoslava también puede dar origen a conflictos cerca del “corazón de Europa”, en los que la religión ha jugado un papel -no voy a pasarlo por alto- aunque secundario.

A pesar de todo lo cual, los políticos y los diplomáticos suelen ignorar, cuando no menospreciar el factor religioso como un elemento dinámico e influyente en el mundo real actual.

Sorprende, por ejemplo, que un “practicante” de la diplomacia tan fundamental en la política exterior de la potencia estadounidense en el siglo pasado, Henry Kissinger, no dedique una sola página de su voluminoso libro consagrado al asunto -“Diplomacy”- a la religión. Parece ser que el propio Kissinger se ha lamentado a posteriori de que así haya sido, pero tampoco ha subsanado la omisión hasta el momento. Sí dedicó un libro entero, sin embargo, al asunto, un diplomático estadounidense, Douglas Jonson, que en 1995 publicó, “Religión: The missing dimension of Statecraft”, en la que se recopilan una serie de textos de autores varios sobre casos prácticos en los que la religión ha desempeñado un papel positivo -agente mediador,

---

<sup>34</sup> “Las nuevas guerras de religión” consituían el leitmotiv de la portada de la revista “The economist” del 3 al 9 de noviembre de 2007, con un reportaje especial de 17 páginas en su interior dedicadas al asunto.

reconciliador- en los conflictos, además del admitido papel “negativo” (causa de conflictos). Pero Douglas es más bien excepción.

## 2. La religión, factor dinámico y presente en las relaciones internacionales

Partiendo, pues, de la base que la religión es un factor presente y determinante en las relaciones internacionales, existen dos vías principales de analizar su influencia: las que llamaremos por comodidad -aún siendo conscientes de las limitaciones del lenguaje- “positiva” y “negativa”:

- ✓ Positiva: Hoy en día casi todo el mundo admite, por ejemplo, la contribución del anterior pontífice al fin no catastrófico de la guerra fría. Es un ejemplo que se beneficia obviamente de la posición única entre las grandes religiones de la existencia de una jerarquía piramidal y una estructura estatal en la iglesia católica de la que otras confesiones cristianas y otras religiones carecen. Sin embargo, aún estando en posiciones bien diferentes, otras religiones pueden ofrecer ejemplos de contribución a escala comunal que, sin llegar a alcanzar el impacto dramático del fin de la guerra fría, o su éxito, resultan extremadamente valiosas.<sup>35</sup>
- ✓ Negativa: en realidad, más que de la religión como inspiradora o alentadora o incluso como causa de conflictos, cuestión difícil de aceptar para cualquier persona con fe, se podría afirmar que la contribución negativa proviene, más bien, de una distorsión, mala interpretación o incluso manipulación y explotación de la religión y de las creencias y sentimientos religiosos de las personas. Con esta matización previa, es obvio que existen connotaciones negativas en el uso de la religión por parte de algunos actores individuales o colectivos para justificar actos de violencia, bien sea violencia terrorista, bien sea represión contra personas, asociaciones, partidos políticos confesionales o comunidades. Los ejemplos desgraciadamente abundan.

En una y otra perspectiva, políticos y diplomáticos no pueden, en ningún caso, ignorar el papel de la religión y no incorporar el elemento religioso como elemento de reflexión, y, dando un paso más, como posible elemento de solución en las situaciones planteadas en el actual orden -más bien desorden pero esa es materia de otro seminario- internacional.

Desde un punto de vista práctico, hay cuatro pasos que los políticos -y diplomáticos- deberían dar en su actuación en la esfera internacional para tomar en cuenta debidamente el factor religioso:

- ✓ Reconocer su importancia y atreverse a considerar la religión como un elemento de peso y a introducir el lenguaje religioso en las conversaciones y negociaciones. En una medida considerable, la diplomacia es negociación y la negociación utiliza el lenguaje como instrumento. El lenguaje requiere precisión y conocimiento. En una situación de conflicto o controversia de origen, parcial o totalmente, religiosos, se precisa en parte acudir a lo religioso conceptualmente y a su expresión lingüística a la hora de explorar y quizá hallar soluciones.
- ✓ Buscar ayuda en los textos sagrados -por supuesto, contando con auténticos conocedores de los mismos- para apuntalar los compromisos o acuerdos que se busquen y por la cuestión del lenguaje. Para los creyentes, los textos sagrados son más importantes -o al menos igualmente importantes- que las leyes mismas. ¿No es lógico hallar fundamentos, argumentos y elementos disuasorios en dichos textos?
- ✓ Incorporar a representantes religiosos en los procesos de negociación internacional. Un problema puede ser que no todas las religiones tienen una estructura centralizada o

---

<sup>35</sup> Véase el mencionado libro de Douglas. “The economist” cita asimismo el ejemplo de la aportación del clero católico y protestante a la disminución de la violencia en Irlanda del Norte.

piramidal o jerarquizada. Sin embargo, eso no debe ser un obstáculo aunque sea una dificultad, pues no es necesario -aunque ciertamente fuese más fácil y conveniente- contar con una representación unívoca.

- ✓ Usar los canales religiosos para difundir o transmitir mensajes sobre los procesos en marcha o los resultados alcanzados entre las comunidades.

## EL FACTOR RELIGIOSO EN ORIENTE MEDIO

Si hay una región del mundo en la actualidad en la que se puede observar de una forma más clara y casi se podría decir obvia, el peso de la religión, esa región es precisamente Oriente Medio. Partiendo de la base del conocimiento generalizado -y aunque sea mayoritariamente superficial- sobre la presencia el peso de ese factor en la zona, me parece procedente destacar que si la omisión del elemento religioso es un error en cualquier situación que pueda darse en las relaciones internacionales en cualquier parte del mundo, es tanto más flagrante en una región en la que la religión está omnipresente y en la que la legitimidad de las muchas de la reclamaciones de las partes, cuando no de su mera presencia en el territorio ocupado, tiene un marcado carácter religioso.

De los diferentes aspectos que componen la compleja cuestión de Oriente Medio y sus conflictos voy a centrarme sólo en tres, destacando en ellos la parte componente religiosa, con el fin de intentar identificar vías de contribución religiosa positiva al conflicto/conflictos dominantes en la zona.

- ✓ Los partidos confesionales; el islam político: una de las cuestiones más discutidas en el panorama actual de Oriente Medio -discutidas con más frecuencia y hasta con más apasionamiento- es el papel de los partidos políticos confesionales islámicos, el llamado "islamismo" -yo prefiero la denominación islam político o movimiento islámico, para evitar las connotaciones normalmente peyorativas cuando no hostiles del término "islamismo"- en la zona y su interacción con los gobiernos en presencia los de Israel o los de los propios estados árabes- y con los países occidentales con EE UU y la UE a la cabeza.
- ✓ Tanto el papel mismo del movimiento político islámico como su interacción con los demás actores influyentes en la región de Oriente Medio ha sido problemático: su ascensión no ha sido bien aceptada y, más aún, ha sido rechazada, siendo, obviamente, el ejemplo más señero el caso de Hamas en Palestina, desde 2006 reducida a Gaza. Otros, como Hezbolá en el Líbano tienen una mejor integración/aceptación en el sistema. Por fin hay quien está prohibido pero tolerado con restricciones varias como los Hermanos Musulmanes en Egipto. Los terceros en liza -EEUU, UE- también actúan con matices: se podría decir que toleran a Hezbolá -aunque está en las listas terroristas- y boicotean a Hamas mientras sólo se inquietan, como una amenaza lejana por parte de otros partidos controlados por sus propios regímenes o gobiernos.
- ✓ La cuestión está en evolución y ciertamente no es un asunto cerrado, aunque la evolución es muy lenta y no es lineal, pero los obstáculos para enfocar apropiadamente la cuestión del movimiento islámico político persisten.
- ✓ Uno de los mayores es, en mi opinión, precisamente el hecho de que la religión constituya un factor ignorado en diplomacia y política. Resulta casi imposible que, desde puntos de vista estrictamente secularistas, se pueda intentar ver algo más que un signo de atraso o una amenaza de violencia -cuando no, llevándolo al extremo, una amenaza existencial-, en el islam político. Un mejor y más honrado análisis de los orígenes de la civilización occidental y de su legitimidad, que son religiosos fundamentalmente, llevaría seguramente a una mejor y más equilibrada comprensión de los "otros".

- ✓ Un ejemplo es la cuestión de la shariah. Si se reduce esa cuestión a un catálogo de “horrores de gente primitiva” (amputaciones, lapidaciones, etcétera) es obvio que no se puede encontrar un atisbo de contribución positiva en la vuelta a ese ordenamiento, que es una de las banderas del islam político, quizá la principal. Si entendemos, sin embargo, que la shariah es al islam históricamente lo que el imperio de la ley (“rule of law”) es al mundo occidental, un sistema de ley natural (para los anglosajones incluso de constitución no escrita) de la que deriva la ley positiva -aunque no con exclusividad, pues existen otras “fuentes”- pero además un sistema, a la vez de legitimidad y de control del poder, entonces no tendríamos por qué percibir la aspiración política de los movimientos “islamistas” como algo tan horrible y amenazador<sup>36</sup>. Pero para ello se requiere una auténtica conversación entre las partes que excluya el secularismo fundamentalista, excluya asimismo los excesos y la mala comprensión por parte de los propios “islamistas” que con un uso sesgado de la shariah dan la razón a sus críticos más despiadados<sup>37</sup> y una inclusión de aquellos que saben y conocen en los distintos mundos de la fe.
- ✓ El papel de EEUU: para ser un país donde el peso y la influencia de la religión son grandes, y admitidos sin problemas, se puede constatar la paradoja, expresada con bastante exactitud, en mi opinión, en la frase siguiente, descriptiva de la política americana: “éxito con la religión en casa y fracaso fuera de casa”.<sup>38</sup> Así como hay que concluir objetivamente que EEUU es un país que ha sabido encontrar un equilibrio jurídico y político -difícil- entre lo secular y lo religioso con un considerable grado de respeto en la práctica de las diferentes religiones en presencia en el “crisol”, no es menos objetivo que EEUU no ha sabido trasladar ni siquiera una mínima proporción de ese éxito a su actividad exterior de única superpotencia al terminar la guerra fría.
- ✓ En efecto, EEUU ha conseguido enajenarse en un porcentaje elevado a la opinión pública de muchos países musulmanes. En ningún momento la política exterior estadounidense ha sabido ventaja -o al menos aportar cierto contrapeso a determinadas políticas discutibles y discutidas- de una difusión adecuada en el mundo islámico de la libertad con la que los musulmanes viven y practican su religión en América, por ejemplo, que es mayor que la que disfrutaban sus hermanos en muchos países llamados o autodenominados “islámicos”.
- ✓ Es paradójico que el respeto de la clase dirigente americana por la religión -cuando no la práctica activa por parte de esa misma clase y de su cúpula más alta de la fe- no haya llevado a un entendimiento con los representantes religiosos de otra religión -el islam, fundamentalmente- o con partidos confesionales. Al contrario, la brecha se ha abierto aún más por una identificación sesgada en gran parte del “establishment” americano del islam con la violencia terrorista. No deja de ser curioso que en un país donde los hombres religiosos dan doctrina a los presidentes y a los candidatos presidenciales -cuando no se presentan incluso como candidatos- impere un lenguaje y un pensamiento únicos con respecto a la religión “de otros”.
- ✓ Sea como sea, y llegados al punto actual en el que el reconocimiento de la necesidad de recuperar y reparar la imagen de EEUU en el mundo y, especialmente en el mundo islámico, se percibe como una prioridad en la opinión pública y en la clase dirigente de EEUU, parece que una de las vías indispensables para hacerlo sería un mayor entendimiento y un esfuerzo de conversación más amplio en materia de religión si se pretende alcanzar el tan reiterado objetivo de “ganar las mentes y los corazones” de los musulmanes.

<sup>36</sup> A este respecto, véase el artículo publicado el 15 de marzo del año en curso en la sección “Magazine” de “The New York Times”, por el profesor de la universidad de Harvard Law Noah Feldman, titulado “Why shariah?”

<sup>37</sup> Hay que conocer bien el terreno que se pisa, obviamente, y no hay espacio por otro lado para ir discutiendo prácticas específicas de forma individual para determinar hasta qué punto las mismas son auténticas normas contenidas dentro del marco de la shariah o si se trata de usos y costumbres que nada tienen que ver con ella, pero hay mucho de eso.

<sup>38</sup> En la sección especial ya mencionada de “The economist”.

- ✓ Una nota de reconocimiento: Naciones Unidas, en esto como en otras tantas cosas, abrió las puertas con su legislación en los años 40 para incorporar cuestiones religiosas a lo que pretendió ser una solución -al menos provisional- a “la cuestión de Palestina” con la resolución 181(II) de la asamblea general de 1947, que estableció los dos estados -que ahora todavía estamos buscando- y estatuyó sobre la ciudad santa de Jerusalén, convirtiéndola en una zona desmilitarizada y bajo administración internacional, legislando además sobre el ejercicio de la libertad religiosa y el culto de los creyentes, de todos ellos. Constatar el incumplimiento -en gran medida- de esta resolución, como el de tantas otras, relacionadas o no con Palestina u otras cuestiones, no deja de ser una realidad lamentable pero que apunta a una vía a la que al final se acaba volviendo aunque sólo sea para formularla otra vez y, quizá, siendo optimistas, un día, de puro retornar a esa vía, acabe por hacerse transitada y llevar a algún destino. O quizá no.
- ✓ En este orden de cosas, reconocimientos, pero más directamente relacionados con la cuestión que nos atañe, cabe asimismo mencionar la Declaración de Alexandria, firmada el 21 de enero de 2002 por hombres de religión, que reitera principios esenciales como el rechazo de la violencia o la necesidad de asegurar el ejercicio de la libertad religiosa y, yendo más allá, señala que “Palestinians and Israelis must respect the divinely ordained purposes of the Creator by whose grace they live in the same land that is called holy” y exhorta a los líderes políticos a buscar una solución “in the spirit of the words of the Almighty and the Prophets”. Alguna reunión más se ha celebrado del grupo de signatarios<sup>39</sup>. No ha dado obviamente muchos frutos, pero es un proceso necesario y, claro está, se podría activar más.

## CONCLUSIONES

- ✓ La religión es un factor presente, dinámico e influyente en la esfera pública en general y en el terreno de las relaciones internacionales en particular.
- ✓ La religión puede ser una fuente de conflictos, pero también, y a la vez, precisamente por ello e independientemente de ello, un factor de búsqueda y obtención de la paz.
- ✓ Es irrealista, además de ineficaz, seguir manteniendo la política de ignorar, por acción u omisión, la religión como factor de peso en las relaciones internacionales.
- ✓ Los políticos y secundariamente los diplomáticos deben incorporar el factor religiosos en los procesos de negociación por la vía conceptual y a través del lenguaje y deben no sólo aceptar sino buscar activamente la incorporación de representantes religiosos a dichos procesos.
- ✓ La importancia de esos representantes religiosos es grande también para la explicación y diseminación de los compromisos o acuerdos alcanzados.

---

<sup>39</sup> Incluso alguna con representantes del Cuarteto de alto nivel (Rice, Blair)